

PAUL GROUSSAC

LA
DEGENERACIÓN HEREDITARIA

EXAMEN CRÍTICO

LA LOCURA EN LA HISTORIA

Por el Doctor José M. RAMOS MEJIA

Et vult quod hoc quoque esset vanitas.
(ECCLESIASTES, II)



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

1895

LA · DEGENERACIÓN · HEREDITARIA

Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, calle Parí, 680

PAUL GROUSSAC

LA
DEGENERACIÓN HEREDITARIA

EXAMEN CRÍTICO
DE
LA LOCURA EN LA HISTORIA

Por el Doctor José M. RAMOS MEJIA

Et vidi quod hoc quoque esset vanitas.
(ECCLESIASTES, II)



BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
79 — PERÚ — 89
—
1895

LA DEGENERACIÓN HEREDITARIA

La nueva producción del doctor Ramos Mejía, que tengo la honra inmerecida de presentar al público de habla castellana, confirmará, sin dudá, el concepto de alienista informado y sagaz, al par que de escritor vigoroso y á menudo feliz en sus arriesgadas innovaciones de estilo, que las precedentes *Neurosis de los hombres célebres* y sus *Estudios clínicos* le habían conquistado.

Aún dejando de lado la doctrina discutible que le informa, este libro no es perfecto: codéanse en él, como en casi todas las obras del ingenio, los indicios del talento personal y los defectos que atestiguan la humana flaqueza. La consecución de la exactitud en el fondo y de la eficacia en la forma tiene que ser aproximativa y parcial. Ver-

dad y belleza son los blancos lejanos de nuestros tiros sucesivos; no hay habilidad tan impecable que los acierte cada vez. Ahora bien, si de estas nuevas disciplinas psico-patológicas se trata,—cuyo nombre es ya un neologismo,—y si de ellas se escribe en un medio poco adecuado y valiéndose de un lenguaje que es á la fuerza una traducción: habremos de saludar como un éxito toda tentativa que logre en parte su objeto y, como la presente, con sus resultados fragmentarios suscite temas de discusión fecunda.

Por lo prematuro y arduo del problema y lo inseguro del instrumento investigador, podría decirse, volviendo á la anterior imagen, que en este caso se realiza el tiro á la luz del relámpago que hiende instantáneamente las tinieblas y haciendo uso de un arma de dudosa precisión. Lejos, entonces, de tildar al autor por sus yerros frecuentes, debemos en estricta justicia señalar las vistas nuevas y atrevidas, las páginas brillantes ó profundas que en su obra menudean, acogiendo con aplauso el conjunto, en gracia del esfuerzo prolongado y de la energía mental que acredita.

Pero, antes de reseñar el libro del doctor Ramos Mejía, cumple á mi lealtad definir nuestra situación respectiva, á fin de que no se sorprenda

el lector por el sesgo crítico de mi discusión, muy poco usual en achaque de prólogos.

Anteponiendo un sentimiento afectuoso á buenas razones de autor, que le aconsejaban procurar para su recién nacido algún ilustre padrino, pídome Ramos Mejía que encabezara su libro con algunas palabras de introducción. Acepté, movido del mismo sentimiento, sin reparar al pronto en mi insuficiencia para apreciar la faz propiamente científica del trabajo y contando con detenerme en su parte histórico-filosófica que es, felizmente, la más importante y extensa. Agregaré, en descargo de mi temeridad, que la preparación de un estudio psicológico sobre el *Hombre de genio*, de cuyos fragmentos publicados acaso recuerde algún lector, me había traído alguna vislumbre de estas materias de patología mental, que vienen entroncando más y más con la filosofía moderna.

No había contado, empero, con otra dificultad: debo referir el incidente, no sólo por la razón antes apuntada, sino porque su solución honra el carácter del autor, revelando á las claras que posee todo el temple científico de un espíritu serio y más preocupado de verdad que de vanagloria.

Después de leer en pliego esta obra con la atención debida, convencime de que, sin que ello amen-

güe el mérito de la ejecución, algunos puntos fundamentales de la teoría sustentada contravenían á mis propias ideas, no pudiendo, por tanto, ensayar un juicio honrado del libro sin discutir franca y resueltamente su doctrina, como cuadra á tales materias de fe científica, en que *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

Manifesté al autor lo que ocurría y mi deseo de verme desligado de mi promesa: no queriendo comprometer el éxito de la obra con discusiones que, para algunos lectores desapercibidos, quebrantarian su autoridad y no pudiendo, por otra parte, hacer abdicación de mis opiniones científicas, por desautorizadas que sean...

Con una rara altura de miras y un desapego de todo amor propio que debo encarecer, el doctor Ramos Mejía no sólo admitió sino que me pidió, en nombre de la ciencia, que hiciera públicas, sin ambages ni reticencias, mis objeciones á las teorías y métodos de la escuela científica á que él pertenece. Ante manifestación tan franca y explícita, no he creído que debía sustraerme á mi compromiso. Vengo, pues, sin más preámbulo, á la plena y libre discusión. Entiendo, por otra parte, que esta actitud importa un previo homenaje al mérito de la obra y al valimiento del autor.

I

Creo que la tesis sustentada en la *Locura en la historia* puede resumirse en las siguientes proposiciones. La locura, bajo sus formas insidiosas y parciales, ha desempeñado un papel capital en la historia de la humanidad, singularmente en los países de gobierno absoluto, donde, por naturaleza de éste y definición, la suerte de los pueblos dependía en un todo de la voluntad, de la inteligencia y del carácter de los monarcas. A esta consideración individual, el autor añade el estudio de las creencias y pasiones colectivas que, salvando las vallas de la razón; han obrado à manera de delirio comunicado ó epidémico, é influido desastradamente en la evolución histórica de un pueblo: así, por ejemplo, la Inquisición española.

Con gran acopio de erudición histórica de buena ley, bien que de segunda mano cuando no han sido asequibles las fuentes originales,—robustecida por el dominio de las ciencias médicas, y, desde luego, de la patología mental que el autor profesa con distinción; con la eficacia indiscutible

de un estilo personal lleno de vida y colorido, aunque á las veces exuberante y exótico en demasia, el doctor Ramos Mejía asienta y sustenta vigorosamente su teoría psico-histórica, aplicándola á la historia religiosa de la edad media (insistiendo en especial sobre el proceso de la Inquisición de España que revive bajo este punto de vista nuevo) y á la lenta degeneración de la dinastía austriaca.

Antes de examinar la doble base científica é histórica en que la teoría descansa, tomemos razón, con un ejemplo significativo, del procedimiento que sigue habitualmente el autor en su demostración.

Claro está que no puede tratarse, como factores históricos, sino de las psicosis oscuras ó parciales —*frustas ó larvadas*, que diría mi amigo, con su desdén del rigorismo peninsular. La locura caracterizada y crónica, que evoluciona fatalmente hacia la demencia, así como las formas de enajenación mental que arrancan de una indigencia congénita, son achaques personales que poco ó nada influyen directamente en el proceso social. Sus víctimas, verdaderos muertos civiles, arrastran en la sombra su existencia vegetativa, tan impotente para el bien como para el mal.

No así los «locos de la historia» que el doctor Ramos Mejía somete á su examen, tan desapiada-do cuanto sagaz: el numeroso grupo comprende á todos esos desequilibrados que andan sueltos; cuya tacha invisible, ignorada de todos y de si mismos, no empece en manera alguna su aptitud para las más altas funciones sociales, puesto que bajo el rótulo de originalidad, humor, extravagancia ú otro parecido, ha sido tenida durante siglos— y lo es aún—por un simple rasgo idiosincrásico. Son los que la novísima patología señala en la frente con el estigma de degenerados, cerebrales, fronterizos de la locura, hereditarios y otros calificativos desapacibles.—No nos apresuremos á compadecerles: en este décimo círculo dantesco se encuentran todos los hombres de genio, todos los héroes, desde Platón hasta Renan!

Para dar una idea cabal del método demostrati-vo que usa la escuela psiquiátrica moderna, to-mo en la presente obra el estudio consagrado á la casa de Austria, que llena la tercera parte y cuyos personajes son antiguos conocidos del lector. Desde el punto de vista patológico, la decadencia de esta dinastía ha sido sucesivamente estudiada por Jacoby, Ireland, Déjerine y otros; pero nunca presentada con el relieve y excesivo colorido que os-

tenta en la *Locura en la historia*. El efecto es, en verdad, sorprendente y casi aterrador: si el frío juicio no reaccionase, se inferiría con el autor que toda la familia real, cuyo destino se desarrolla durante dos siglos (1500-1700), comenzando con la histérica Juana para rematar en el imbécil Carlos II, constituía la cadena neuropática mejor eslabonada de la historia. ¿Es exacto, como nos lo enseña Ramos Mejía en su cuadro sombrío, que los descendientes de Carlos V llevaran el peso de una fatalidad hereditaria acumulada de generación en generación, y que debía terminar en la estéril idiotez de Carlos II?

El autor de la *Locura en la historia* hace desfilar ante nosotros á la infeliz reina Juana, madre de los siete dolores, seguida sucesivamente de sus descendientes hasta la quinta generación. La prevención y el prejuicio, que Ramos Mejía ha bebido en las fuentes psiquiátricas, son desde luego visibles. Mucho mejor informado históricamente que Jacoby y Déjerine, acepta sus preocupaciones sistemáticas y acomoda á ellas su propia erudición. Admite sin discusión referencias de Prescott y otros más anticuados, que han sido destruidas por historiadores modernos, respecto de la locura de doña Juana, la epilepsia de Carlos V y la dege-

neración hereditaria de los Felipes. Y, sentadas esas premisas, agobia á sus pacientes con las citas autoritarias de Magnan, Morselli, Schüle, Lasègue y demás alienistas modernos, relativas á las vesanias y neurosis que aquellos debieron necesariamente padecer, por ser los eslabones intermedios de la cadena fatal cuyos extremos eran Juana la Loca y Carlos II el Hechizado!

Aparte el último, cuya imbecilidad es patente, podría, á disponer de mayor espacio, sustentar la tesis contraria, apoyándose en las mismas autoridades que invoca el autor, si bien en pasajes diferentes. Forneron, por ejemplo, á quien Ramos Mejia menciona con justo aprecio, se adhiere netamente á la opinión de Bergenroth ó, mejor dicho, á los documentos auténticos producidos por éste, y á las conclusiones de otros historiadores que no creen ya en Prescott (1). El propio Mignet proporcionaría argumentos contra la epilepsia de Carlos V, que sólo tuvo dos ataques de vértigo—probablemente dispépticos—en su juventud, no repitiéndose hasta su muerte. Respecto de Felipe II, « el hereditario averiguado » (¿ por quién ?), que

(1) K. HILLEBRAND; G. H. BERGENROTH, *Calendar of letters, etc., preserved in the Archives of Simancas*; FORNERON, *Histoire de Philippe II*, I, Appendice C.

heredó la gota pero no la «epilepsia» paterna (lo que, á la verdad, no prueba mucho, pues su transmisión íntegra es excepcional): á los pretendidos estigmas físicos apuntados, podríamos oponer una larga vida de trabajos y fatigas de toda laya que ese «raquitico» soportó sin desfallecer. El retrato que de él ha hecho el autor es vivísimo, pero pierde allí la verdad cuanto gana el arte. Con los vicios ó defectos de su época, rango y nación, no fué Felipe II el alucinado delirante ni el maniaco que se describe. Vivió en la soledad, presa de su propia tiranía y obseso de la preocupación religiosa que reinaba entonces en Europa toda, así en el campo reformista como en el católico, pero que se había exasperado en España con ocho siglos de cruzada religiosa confundida con la reconquista del suelo nacional. Esto explica, no sólo á Carlos V y los Felipes, sino la Inquisición y todos los excesos del furor ortodoxo, sin buscar argumentos en los anales psiquiátricos.

En resumen, Felipe II no fué más cruel ni vicioso que muchos soberanos contemporáneos, sobre todo ingleses, y cumplió mejor que todos ellos su misión exterior de gobernante absoluto. España le guarda culto, porque ha sido su rey más español.

Que fuera su hijo Felipe III un santurrón sin inteligencia ni energía, nadie lo duda; pero el epíteto de « alienado », que Ireland le aplica, es odiosamente gratuito. Fué un pobre hombre, débil, afable, sometido á tutela de privados indignos, pero sin ningún estigma degenerativo, físico ó moral: « el mejor de los hombres á no haber sido rey ». Tuvo siete hijos legítimos, en su mayoría sanos y robustos, cuya descendencia no se ha extinguido aún en Austria y Francia. En él, pues, y en su hijo Felipe IV, la reversión al tipo normal es completa. Éste, además, fué inteligente, de alta estatura y majestuosa presencia; se le atribuyen comedias y obras literarias; fué un rey indolente y disoluto, por supuesto, pero no más que todos los Valois y buena parte de los Estuardos y Borbones. A los 56 años, agotado y rendido de excesos, se casó por razón de Estado, y de esa triste unión nació el triste Carlos II, enclenque y casi imbécil. El hecho de que este engendro de la vejez fuera su heredero, se interpreta como indicio de su cuasi esterilidad por los alienistas menos informados que Ramos Mejía: Felipe IV tuvo seis hijos legítimos y treinta y dos naturales (1); uno

(1) DUNLOP, *Memoirs of Spain*, II, pág. 654.

de estos fué el ambicioso y vivaz don Juan de Austria, que dominó á su hermano menor. Suponed á don Juan heredero del trono, y toda la tesis degenerativa se viene al suelo, ó mejor dicho, nadie hubiera pensado en aplicarla á una serie histórica que tan evidentemente la rechaza (1).

Si algo significa la teoría de la herencia mórbida, no puede caracterizarse sino por una progresión acumulativa y casi fatal en la degeneración. De un ascendiente gotoso ó dispéptico, nacen hijos con ligeras anomalías: predominio del sistema nervioso en unos, tendencia á la congestión, irritabilidad en otros, etc. Algunos individuos de la tercera generación manifestarán ya afecciones cerebrales idiopáticas, hemorragias, neurosis diversas; en la cuarta puede que aparezcan las impulsiones y las perversiones instintivas; en la siguiente, por fin, unidos felizmente á la frecuente esterilidad, estallarán los resultados terminales de la evolución degenerativa: debilidad congénita, sordo-mudez, degeneración cretina, idiotismo. La raza se extingue para no caer en la animalidad.

Creo que he reproducido fielmente la marcha

(1) Para simplificar su teoría, los alienistas no mencionan la influencia del medio anormal, del *poder*, al que Jacoby atribuye gran importancia.

de la degeneración hereditaria, tal cual la han *concebido* los autores clásicos, desde Morel hasta Magnan y su escuela. Ciertamente es que la socorrida metamorfosis sustituye algunas entidades mórbidas por otras que, sin pruebas positivas, se reputan equivalentes. Pero el carácter hereditario que debe subsistir, si se trata de una ley, es la progresión acumulativa, el alejamiento cada vez mayor del tipo específico y normal. Discutiré luego esa hipótesis científica; pero si la admitimos provisoriamente, ¿quién aceptará que, sin torcer los hechos históricos y mutilar la misma doctrina, se encuentre cumplida en el célebre ejemplo de la dinastía austriaca que los Jacoby y los Ireland presentan á porfía? ¿Qué progresión mórbida se manifiesta de Juana la Loca á Carlos V, hercúleo y genial, de éste á Felipe II, melancólico y adusto, pero sin más estigma que la gota (rasgo primitivo); y, por fin, á sus descendientes que representan el tipo normal y vulgar, con excepción de Carlos II, que es un accidente tardío, después de muchos hermanos sanos?

El primer sofisma evidente de esos raciocinios sobre las dinastías históricas arranca de este error: se estudia la sucesión de los herederos de la corona como si fueran los únicos descendientes,

siendo así que los desconocidos son innumerables. La historia, sobre todo la ciencia conjetural que examinamos, reduce á los cinco individuos que reinaron, la descendencia directa de doña Juana: en realidad pasaron de doscientos que, en su mayoría, poblaron los conventos de España, sin contar á las hembras que entroncaron en el extranjero. Se entrevé, desde ya, la poca solidez de la inducción.

Gran parte de estas objeciones se dirigen, más que á la obra de Ramos Mejia, á la escuela que él, felizmente, no sigue ciegamente. Se echa de ver la mezcla de exageración y arbitraria hipótesis que por ahora infirma la teoría. Pero los ejemplos aislados podrian ser inexactos y apócrifos, sin que por ello se conmoviera la doble base científica é histórica en que el libro descansa. Ha llegado el momento de ahondar en su análisis. El título, tomado de un capítulo de Cullerre (¹), es de una claridad perfecta; equivale á una definición. *Locura é historia*, son los dos términos del problema. Veamos qué latitud tienen para la escuela psiquiátrica, y si su empleo corresponde siempre á un concepto legítimo.

(¹) *Les frontières de la folie*, X.

II

Respecto de la locura, los autores modernos no han hecho esfuerzo por rejuvenecer la definición clásica de Esquirol; casi todos la aceptan en su esencia. Ramos Mejia, aunque de escuela positivista, ingiere en su concepto, á imitación de Schüle, «la supresión del *libre albedrío*». La expresión es extraña bajo una pluma determinista, y no pertenece, por cierto, al vocabulario clínico. Sin remontarnos á la enérgica sentencia de proscripción spinozista (¹), basta recordar que la novísima psicología científica está fundada en el desconocimiento del libre albedrío: no discute esta entidad metafísica, la ignora.

Para los alcances meramente sociológicos de esta obra, creo que bastaría definir la locura: «una perturbación cerebral duradera que se manifiesta aislada ó conjuntamente en la inteligencia, la sensibilidad ó la voluntad, en grado suficiente para que el individuo desconozca ó rechace las leyes

(¹) SPINOZA, *Ethices*, III, Prop. II, Schol: *Qui igitur credunt, se ex libero mentis decreto loqui vel tacere, vel quicquam agere, oculis apertis somniant.*

fundamentales de su medio social ». Claro está que tales enfermos, no actuando libremente en una sociedad organizada, no constituyen factores históricos. Como ya lo tenemos dicho, la locura caracterizada no figura sino por excepción en la historia. Al día siguiente de su violento acceso en la selva del Mans, Carlos VI de Francia deja de gobernar: es un enfermo cuidado en palacio.—En todo caso, ninguno de los personajes estudiados aquí, á la ley de la psiquiatria, padece de locura en el sentido corriente y legal de la expresión.

Á estar al rigor de los términos, pues, el título de la obra importaría una contradicción. No es ello mera cuestión de palabras. Si ninguno de los « locos » estudiados en este libro puede ser comprendido en la anterior definición, ni sería clasificado así por la medicina legal, tenemos que darnos cuenta de esta extensión abusiva del vocablo y precisar el nuevo sentido en que se le viene empleando.

La moderna psiquiatria se ríe del concepto vulgar de la locura: « los locos de la leyenda á quienes se entrevé, gesticulando y desmelenados, por entre el enrejado de una jaula en los manicomios » (1). El actual concepto científico es, en efec-

(1) CULLERRE, *Les frontières de la folie*.

to, mucho más consolador; congloba en la locura «los innumerables desórdenes del espíritu y la sensibilidad moral que *proceden* de la enajenación mental ó *conducen* a ella». ¡Proceder, conducir! La determinación es vaga, y las «fronteras» de que se nos habla requerirían algunos mojones más. Si son candidatos a la locura, los «obsesos, dipsómanos, excéntricos, extravagantes, disipadores, utopistas, pleitistas, celosos, inventores, mentirosos, histéricos, místicos, fanáticos, etc.», no parece posible que escape la masa de la humanidad civilizada a una de las clasificaciones enunciadas, y que he abreviado. El mundo entero es manicomio, y según esa doctrina de la pan-psicosis, escasamente quedaria fuera un grupo bastante a vigilar la multitud encerrada dentro...

Felizmente, la psiquiatria nos brinda el consuelo: cierto es, dice, que la locura es *función* de la civilización, pero no hay que confundir con aquella las formas más leves de la desequilibración mental. Todos los candidatos a la locura no resultan electos. Muchas neurosis no rematan necesariamente en la demencia terminal; se ramifican, transforman y transmiten a las generaciones sucesivas. En resumen, según los psiquiatros más autorizados, la señal indeleble de que el desequili-

brio arranca de, ó conduce á la demencia es la degeneración hereditaria, la cual se manifiesta por estigmas físicos, intelectuales y morales *inequitocos*.

Esos famosos estigmas degenerativos que, desde Moreau y Morel hasta Magnan y Lombroso, obstruyen la patología mental no tienen realidad específica. Como los del « criminal nato », que empiezan á mover á risa, resultan los restantes. Lo único que resista al examen de los hechos es lo que se sabía hace tres mil años, es decir que las partes del sér son solidarias, y que toda asimetría ó deformidad, toda tacha teratológica revela, salvo accidente, un vicio de nutrición y desarrollo cuya causa es general y, por tanto, repercute en todo el organismo, con particular gravedad en tal ó cual región (1). No merece detenerse en una refutación detallada que exigiría gran espacio, y que tengo ensayada en obra especial. Por otra parte, lo que urge, es discutir la misma herencia mórbida: la conclusión respecto del tronco implica la de las ramas.

(1) GEOFFROY SAINT-HILAIRE. *Histoire des anomalies*.

III

La teoría de la degeneración es una excrecencia parasitaria de la herencia general, que se ha hecho dogma con el triunfo popular del darwinismo. Sería arduo problema, y extraño á este examen, el determinar si, en definitiva, la hipótesis transformista habrá estimulado ó detenido la marcha de la civilización. Después de ser escarnecida por la ignorancia, es ahora dogmatizada por la misma plebe intelectual; y se necesita ya tanto valor moral para discutir el darwinismo, como treinta años ha para defenderlo públicamente. Ahora bien, es prueba de que una libre opinión científica ha perdido su virtud cuando queda erigida y petrificada en dogma intangible. Curiosa evolución de las ideas: es en la hora de su vulgarización, de su aceptación á ciegas por el público de Panurgo, que el transformismo pierde terreno en el campo científico. La conciencia, la buena fe, la sagacidad de Darwin, su genio, si queréis, no están en cuestión. Pero nadie que piense por sí mismo acepta ya «en bloque» sus conclusiones te-

merarias ⁽¹⁾, y mucho menos las hipótesis gratuitas y los árboles filogenéticos de la secta haeckeliana, á quien el transformista Claparède pudo llamar «los niños terribles del darwinismo».

Darwin fué poco á poco arrastrado por el torrente de su propia teoría más allá de sus primitivas inducciones. Además, es muy sabido que multitud de referencias traídas en apoyo de su doctrina provenían de fuentes extrañas. Por el mundo entero, degeneró en moda vanidosa el enviar «contribuciones» al sabio inglés, quien, si era personalmente el más prudente y precavido de los observadores, cometió la falta de atribuir candorosamente sus mismas cualidades á sus correspondientes desconocidos, acogiendo sus datos sin la necesaria crítica ⁽²⁾. De ahí, el cúmulo de afirmaciones aventuradas que la experiencia de los criado-

(¹) G. ROMANES, *Physiological Selection* (1886): «At the present time it would be impossible to find any working naturalist who supposes that survival of the fittest is competent to explain all the phenomena of species-formation.» — Romanes ha sido el discípulo favorito, el amigo y comensal de Darwin durante catorce años.

(²) Así, para traer un ejemplo casero, asegura (*Variations*, I, 95) que existe en la pampa de Buenos Aires una verdadera raza bovina fiata; y este hecho extraordinario ha sido religiosamente aceptado por los naturalistas argentinos: *Magister dixit*.

res y sabios prácticos ha desmentido. Fallando las pruebas justificativas, se ha puesto en duda la solidez de la hipótesis. Algunos de los adeptos más ilustres del transformismo han formulado reservas, cada vez más fundamentales, hasta abrir en la teoría de las especies brechas irreparables. Para sólo citar á darwinistas fervorosos de la primera hora: Romanes, en la obra citada, demuestra que la selección natural no es sino un hecho secundario en la formación de las especies y aun de las variedades, mucho menos importante que la acción del medio, tan desdeñada por el maestro; hace resaltar la confusión cometida por éste, respecto de la fecundidad de los híbridos, entre razas y especies; mostrando, además, la inutilidad de la mayor parte de los caracteres específicos y llegando á esta conclusión abrumadora para la tesis transformista — y sus allegadas de la psicopatología: — lejos de acentuarse la variación por la herencia, la ley es la regresión al tipo normal.

Las objeciones del célebre naturalista Carl Vogt no son menos categóricas: habré de resumirlas para ser breve. En sus *Lecciones sobre el hombre*, y especialmente en los estudios que llevan este título significativo: *Herejías darwinis-*

tas (¹), destruye el aserto relativo á la constancia de las « razas » híbridas, y en particular del lepórido, que tanto se ha afirmado; vuelve á levantar la formidable objeción, que embarazaba al mismo Darwin, — de la ausencia de escalones intermedios en paleontología; sepárase del monofiletismo de Darwin y Haeckel, mostrando la contradicción elemental que éste comete al admitir por una parte la generación espontánea y, por otra parte, la descendencia de un solo grupo originario; por fin, el sabio alemán (²) reduce á sus proporciones verdaderas la pretendida ley de la supervivencia de los más aptos; combate, como Romanes, la de divergencia — herencia acumulativa de los psiquiatros—y demuestra, para muchas especies elevadas, que los descendientes son menos desemejantes que los antepasados y vuelven al tipo específico. — Hasta el mismo Huxley, el ardiente y arrebatado apóstol, declara (*Lay Sermons*, 1887) que « no se tiene prueba de que un grupo de animales, por variación ó selección sexual, haya dado origen á otro grupo que fuese *infértil* con el primero»: es decir á

(¹) *Recue Scientifique*, 1886.

(²) Aunque es profesor en Suiza, donde ha pasado la mayor parte de su vida, Vogt nació y se educó en Giessen.

una especie. Llama á esto «una pequeña grieta en la pared» (1): es la teoría entera que se desploma, como lo indica el título mismo de la obra fundamental — *Origen de las especies!* — No hay necesidad de prolongar la discusión y mostrar otros numerosos ejemplos de oposición ó disidencia transformista. La teoría está destruida en sus cimientos; mejor dicho, subsiste como una hipótesis más, acerca del misterio eternamente impénétrable de los orígenes; y, después de treinta y cinco años, el firme y prudente Quatrefages, que quedara casi solo en la protesta, ha podido verse rodeado al morir por los que tanto combatieron su inmóvil timidez, y repetir en su último trabajo (2): «Lejos de conservar la supremacía, el darwinismo parece destinado á colocarse próximamente entre ese conjunto de concepciones diferentes y á veces diametralmente opuestas, con las que se ha pretendido vanamente explicar el origen y sucesión de las especies orgánicas». — Entretanto, no hay gacetillero que no discurra sobre descendencia y, como dijera Sarmiento del *ergo* cordobés, la «selección natural» anda por las cocinas...

No es solamente por su parentesco evidente con

(1) *Lay Sermons*, 236 : «*This little rift in the lute...*»

(2) *Journal des Sçavants*, 1889 y siguientes.

las modernas doctrinas patológicas, que he debido establecer el balance del transformismo, ni es este proceso una mera digresión. Si, fuera del concepto fecundo de evolución, que Darwin ha vulgarizado más que descubierto, nada ha de quedar de sus conclusiones generales en la ciencia positiva, estamos por ello mismo en presencia de un hecho trascendental. La ruina del transformismo acarrea la de cuantas teorías adventicias se le habían adherido estrechamente, del propio modo que la bancarrota de la casa central arrastra la quiebra de las sucursales y conmueve á las relacionadas. — Es evidente, desde luego, que nuestra «herencia mórbida» no puede desinteresarse de las objeciones formuladas contra la ley hereditaria absoluta, y singularmente contra algunas de sus formas desmentidas por la observación. Contra varias de esas «leyes» antojadizas, han protestado en nombre de la práctica experimental muchos criadores y agrónomos. Es así cómo la herencia colateral, admitida por Darwin, y la de influencia ó impregnación — tesis imaginaria sostenida también por Prosper Lucas, — carecen probablemente de toda realidad (1). La transmi-

(1) No es posible — ni tengo competencia para ello — re-

sión hereditaria de los caracteres adquiridos, proclamada por Lamarck, no parece más fundada y sólida en sus términos latos... Y es así como, de duda en negación, sentimos estremecerse en su base el frágil edificio de la patología mental, aun antes de acometerle directamente. — El vicio íntimo, insanable, radical, de muchas teorías « científicas » actuales reside, lo veremos luego, en el método mismo que no es propiamente científico. Sería negar la ciencia, el admitir que las tesis transformistas y sus derivadas, tenidas por verdades demostradas durante veinte ó treinta años, pudiesen, con asentarse en hechos positivos y probantes, ser desmentidas por la experiencia ulterior. Nada tiene que ver esa *tabula rasa* periódica con la perpetua evolución del saber. Las teorías transitorias no son científicas, ya por fundarse en hechos mal observados, ya por habérselos generalizado temeraria y prematuramente. Tal es el proceso de la psico-patología contemporánea en sus doctrinas extremas, y sin que pretendamos rebajar el

producir aquí las razones embriológicas que se oponen á esa hipótesis. El proceso material de la fecundación, estudiado por Van Beneden, Weissmann y otros, parece oponerse á toda influencia extraña ó anterior al encuentro de las dos células (*gonocito* macho y hembra). Para toda esa discusión véase: KÖHLER y DELAGE, *Recue Philosophique*, 1893.

las modernas doctrinas patológicas, que he debido establecer el balance del transformismo, ni es este proceso una mera digresión. Si, fuera del concepto fecundo de evolución, que Darwin ha vulgarizado más que descubierto, nada ha de quedar de sus conclusiones generales en la ciencia positiva, estamos por ello mismo en presencia de un hecho trascendental. La ruina del transformismo acarrea la de cuantas teorías adventicias se le habían adherido estrechamente, del propio modo que la bancarrota de la casa central arrastra la quiebra de las sucursales y conmueve á las relacionadas. — Es evidente, desde luego, que nuestra «herencia mórbida» no puede desinteresarse de las objeciones formuladas contra la ley hereditaria absoluta, y singularmente contra algunas de sus formas desmentidas por la observación. Contra varias de esas «leyes» antojadizas, han protestado en nombre de la práctica experimental muchos criadores y agrónomos. Es así cómo la herencia colateral, admitida por Darwin, y la de influencia ó impregnación — tesis imaginaria sostenida también por Prosper Lucas, — carecen probablemente de toda realidad (1). La transmi-

(1) No es posible — ni tengo competencia para ello — re-

sión hereditaria de los caracteres adquiridos, proclamada por Lamarck, no parece más fundada y sólida en sus términos latos... Y es así como, de duda en negación, sentimos estremecerse en su base el frágil edificio de la patología mental, aun antes de acometerle directamente. — El vicio íntimo, insanable, radical, de muchas teorías « científicas » actuales reside, lo veremos luego, en el método mismo que no es propiamente científico. Sería negar la ciencia, el admitir que las tesis transformistas y sus derivadas, tenidas por verdades demostradas durante veinte ó treinta años, pudiesen, con asentarse en hechos positivos y probantes, ser desmentidas por la experiencia ulterior. Nada tiene que ver esa *tabula rasa* periódica con la perpetua evolución del saber. Las teorías transitorias no son científicas, ya por fundarse en hechos mal observados, ya por habérselos generalizado temeraria y prematuramente. Tal es el proceso de la psico-patología contemporánea en sus doctrinas extremas, y sin que pretendamos rebajar el

producir aquí las razones embriológicas que se oponen á esa hipótesis. El proceso material de la fecundación, estudiado por Van Beneden, Weissmann y otros, parece oponerse á toda influencia extraña ó anterior al encuentro de las dos células (*gonocito* macho y hembra). Para toda esa discusión véase: KOHLER y DELAGE, *Recue Philosophique*, 1893.

mérito de muchos trabajos y monografías apreciables, entre los cuales puede figurar por algunos de sus capítulos el libro de Ramos Mejía. Es por haberse apresurado á concluir, antes de conocer en realidad la anatomía y la fisiología cerebrales, — pues la localización de Broca es acaso el único punto firme en esa arena movediza de las hipótesis, — por haber desdeñado el impecable método del genial Claudio Bernard (¹), que los Moreau, Morel, Magnan, Lombroso y sus discípulos han retardado más que acelerado el triunfo del determinismo experimental; y, con el empleo abusivo de la historia y la filosofía mal sabidas, de las estadísticas aventuradas ó fragmentarias, han dado á luz sus obras vacías de substancia que, sin propósito de escarnio, podrían llamarse las novelas de caballerías de la ciencia.

IV

El eje de la nueva psiquiatría aplicada á la his-

(¹) « Il vaut mieux ne rien savoir que d'avoir dans l'esprit des idées fautes appuyées sur des théories dont on cherche toujours la confirmation en négligeant tout ce qui ne s'y rapporte pas. » *Introduction à la Médecine expérimentale*, 66 y *passim*.

toria y á la sociología es la teoría de la degeneración hereditaria. Examinemos su estructura científica antes de verificar la exactitud de sus aplicaciones históricas y sociales.

No hay necesidad de recordar que la herencia específica es una ley absoluta por definición: es eso mismo lo que constituye la especie. Aunque menos rigurosas, no son más discutibles las transmisiones atávicas de la raza y las individuales de los autores. Nótese, desde luego, que siendo esta última *bilateral* en la gran mayoría de los casos, la energía propia del atavismo — salvo en los ejemplos infinitamente raros de consanguinidad sistemática — decrece en progresión geométrica; puede admitirse que, después de la séptima generación, la influencia atávica es infinitesimal (¹). No es menos admisible, en sus términos latos, la herencia patológica, caso particular de la fisiológica, por la cual puede transmitirse á los hijos, además de la susceptibilidad diatésica inherente á cierto blástema ó tejido orgánico, la predisposición á la propia entidad mórbida que el ascendiente ha padecido. — En resúmen, así para la ley específica

(¹) Es lo que expresan las legislaciones religiosas al decir que en ese grado se borra el pecado hereditario, ó las civiles, que declaran extinto el parentesco. •

como para las predisposiciones posibles del individuo, lo que la herencia significa es la continuidad en una generación, la permanencia de ciertos rasgos externos ó íntimos, normales ó anómalos, pero siempre semejantes á los de la anterior. La semejanza es el carácter esencial de la herencia.

Lo propio acontece en patalogia mental, sea cual fuese la clasificación adoptada. Cuando se enuncia que la predisposición hereditaria domina la etiología de la locura sistematizada ó de la lipemania, se pretende establecer que una forma de vesania análoga ha existido generalmente en uno de los autores. Ello no importa aceptar la ley dudosa de las estadísticas, ni tampoco negar la influencia de causas personales que provocan la explosión de la locura sin vestigio hereditario.

Ahora bien, ese principio de la similitud, que domina el concepto hereditario y parece esencial, es el que desaparece con la creación del grupo de los «degenerados». Esta degeneración «creada», como ellos dicen ingenuamente, por los nuevos alienistas, constituye por sí sola una entidad mórbida con evolución muy especial. Se introduce un concepto extraño á la noción corriente: el de la *metamorfosis*, según el cual *el descendiente hereda del ascendiente lo que éste no tuvo jamás!*

La fórmula de Morel, exagerada por Magnan y sus discipulos, estriba en la hipótesis de que cualquiera neurosis ó diátesis se transforma por generación en cualquier afección mental y *vice-versa*, lo que, en verdad, resuelve cómodamente una infinidad de problemas oscuros. Admitido el postulado ó la premisa, las consecuencias fluyen sin obstáculo. Desgraciadamente, se echa de ver al pronto que la premisa descansa en una petición de principio, como en la escuela se dice, y que la tesis se apoya en lo que precisamente se trata de establecér. ¿ En qué se funda la serie degenerativa de Morel? En una sugestión personal, en una hipótesis. ¿ Sobre qué descansa toda la literatura subsiguiente de la escuela? En el cuadro de Morel. De esto nose sale. Se trata de establecer científicamente la legitimidad del concepto metamórfico, y para ello se os repite *ne varietur*, que el delirante actual descende de padre artritico ó de madre supersticiosa — y, como dice el eterno Molière, *coilà pourquoi votre fille est muette!*

La herencia de metamórfosis es una mera arbitrariedad en sus premisas y en sus conclusiones. En sus premisas : porque ni Morel ni otros han podido establecer la menor relación específica entre la multitud de afecciones localizadas ó genera-

les que dan como antecedentes, y la locura que sería su consecuencia; en sus conclusiones: porque nadie ha podido diagnosticar la demencia como producto necesario ó probable de los antecedentes, por más recargados que en los autores aparezcan. — Mal podría la anatomía patológica revelar la analogía celular del tuberculoso ó artrítico con el vesánico, cuando no sabe descubrir hasta ahora la lesión anatómica correspondiente á la vesania, excepción hecha de la parálisis general. La bacteriología no ha mostrado la analogía del micro-organismo, cuya presencia es constante en tal ó cual antecedente, con el « germen » invisible del pretendido consecuente. Faltan, pues, como en casi todos los cantones de la « ciencia » médica, las pruebas directas y tangibles. ¿Haremos, por eso, de rechazar *in limine* los argumentos pedidos á la estadística, la historia y la filosofía? De ningún modo; pero vamos á examinarlos, y veremos que su análisis conduce al mismo escepticismo determinista que ha sido nuestro principio y será nuestra conclusión.

«La crítica experimental, dice Claudio Bernard (1) debe rechazar la estadística como base de

(1) *Médecine expérimentale*, 340.

la ciencia patológica y terapéutica...; es menester repudiar los hechos indeterminados, es decir las observaciones mal hechas ó á veces imaginarias que se traen como objeciones (ó afirmaciones) continuas. » Seamos menos exigentes con la patología mental, si no queremos dar al traste con sus interesantes conjeturas; pero reconozcamos que la terrible y peligrosa estadística viene aplicándose allí con el olvido más completo de todo método científico. Los términos cardinales del problema no alcanzan la apariencia de una determinación. Hemos visto que esa extraña locura degenerativa abarca todas las peculiaridades idiosincrásicas, tan compatibles con la razón, la virtud, el talento, el ejercicio de las más altas funciones sociales, — en una palabra, con la salud, — que, bien mirada, la tesis se desvanece por su misma generalidad. — Los llamados « estigmas » son convencionales ó contradictorios, sin constancia alguna, ni, cuando existen aislados, susceptibles de explicación. — Los antecedentes mórbidos de la degeneración no tienen mayor fijeza; carecen, sobre todo, de significado especial, puesto que, según la doctrina nosológica moderna, difícilmente habrá enfermedad que no se vincule á la diátesis de Morel: hasta parte del grupo infeccioso ha podido refun-

dirse, hasta las más leves deformidades ocasionales (1). En condiciones tan elásticas, se comprende con qué facilidad se descubrirá en los ascendientes la « tara » de la hereditaria fatalidad!

Á tal extremo de confusión en los términos fundamentales, añaden muy á menudo los escritores alienistas la carencia más evidente de criterio científico, así en sus incursiones de aficionados por el campo de la historia y la filosofía, como en el manejo de la temerosa estadística. Debe decirse en su descargo, que es achaque general en toda la literatura médica. Las tesis más prematuras y atrevidas se promulgan en nombre de la estadística y se estrellan contra las tesis opuestas, fundadas en otros tantas cifras contradictorias (2). Los que más alardean de rigor y aparato matemático, revelan á las veces no saber plantear una proporción, y, como Moreau (de Tours), deducen conclusiones primordiales de sus yerros aritméticos (3).

(1) ALTHAUS, *Maladies de la moelle épinière*, página 40 : « Dernièrement, Herbert Page a essayé de trouver le point de départ de l'ataxie locomotrice dans un cor au pied ! »

(2) Recuérdense, por vía de ejemplo, los debates internacionales sobre la contagiosidad del cólera, sobre la infección sífilítica, etc., etc. Con estadísticas, Chauveau, Charrier, Sturges y otros demuestran que la madre es el único origen de la sífilis hereditaria, en tanto que Kóbner, Vogel y, en cierto grado, Fournier y Hutchinson demuestran la tesis contraria.

(3) MOREAU, *La Psychologie morbide*, 140 y *passim*. —

Para que las estadísticas alcanzaran algún valor indicativo, sería necesario que fuesen imparciales, numerosas y exactas. No son imparciales, encaminándose todas ellas con vehemencia escolástica á demostrar la tesis preconcebida, y girando en el círculo vicioso de la coincidencia y del *post hoc, ergo propter hoc*; no son numerosas, es decir no forman series prolongadas, reduciéndose para cada clínica particular á un grupo de casos favorables que no guarda proporción con los millares de casos ocurrientes en cada nación; no son exactas en el procedimiento individual ni en la inducción general, como se infiere de algunos ejemplos.

Cuando las listas estadísticas son de contemporáneos nuestros, refiriéndose á oscuros clientes de un consultorio, no es dable comprobar la realidad de los antecedentes hereditarios; y esto no reza únicamente con nosotros; en la inmensa mayoría de los casos, sobre todo en las clases populares, es muy difícil establecer la filiación patológica directa, aún en la primera generación. ¿Qué será en las anteriores, que se ramifican geométricamente? Cada uno de nosotros tiene cuatro abuelos y ocho bisabuelos, cuya biografía íntima igno-

CANDOLLE (*Histoire des savants*) da el ejemplo y el precepto de las estadísticas científicas (páginas 207 y siguientes).

ramos casi en absoluto, si no son personajes históricos. De los mismos padres, pocas noticias exactamente patológicas alcanzan los pacientes, salvo casos de gravedad excepcional; ello se evidencia con la vaguedad y poco alcance de los datos clínicos: «padre irascible, madre linfática: murió tuberculosa á los 75 años, etc., etc.». — Volveremos luego sobre esos datos de fecundidad y longevidad que los autores apuntan, sin reparar en que son contra-indicaciones degenerativas. — Además, la enorme divergencia de los resultados clínicos quita á la prueba estadística toda fuerza confirmativa. Cuando Legrand du Saulle, en su *Folie héréditaire*, presenta 45 estadísticas divergentes, — desde 4 hasta 85 por ciento! — y cree que, así las más bajas como las más altas, confirman el origen hereditario de la locura, no prueba sino que ignora los principios más elementales del cálculo estadístico. Es este modo de proceder, absolutamente reñido con el criterio científico y el método determinista, el que mantiene la medicina en el rango de un *ars conjectandi* y aleja más y más su incorporación á la ciencia experimental.

Si de esas conjeturas teóricas pasáramos á las pruebas que los alienistas han pretendido extraer de la historia, sería tan enorme mi conclusión,

que me parece imposible formularla, no pudiendo acompañarla con la discusión de cada caso aislado, de cada traspie individual. Tengo hecho este minucioso análisis para la *Psychologie morbide* de Moreau y el *Uomo di genio* de Lombroso. He comprobado irrefutablemente que la pretendida erudición de esos autores no es sino una recopilación de anécdotas y consejas sin autenticidad ni crítica, extraídas de crónicas y almanaques en su mayor parte apócrifos. Y no tan sólo se han abstenido de toda observación contraria á su tesis, de toda verificación ó *experimentum crucis*, sino que han adulterado á menudo los hechos ó dejado subsistir errores públicamente reconocidos (1). Carecen evidentemente esos sectaripis

(1) Citaré, como ejemplo que podría multiplicarse, la anécdota de Salomon de Caux. El caso es típico y revela el *modus operandi* de la escuela. Citado por Moreau, ha sido reproducido sin más trámite por todos los sucesores hasta Lombroso y Ramos Mejía (página 20), en apoyo de la tesis degenerativa: « Marion de Lorme encontró en el hospicio de locos de Bicêtre, á Salomon de Caux, *inventor* del vapor, etc. » La leyenda, históricamente absurda, fué propalada en 1834 por Berthoud, en el *Musée des familles*. La novela, el teatro y la pintura la vulgarizaron rápidamente. En 1847, su autor, avergonzado con el éxito de su mistificación, dió la prueba pública de lo inconsistente de la especie y confesó su delito. La rectificación fué reproducida en diez publicaciones y especialmente en los *Grandes inventos* de Figuier, en 1857. Dos años después, en 1859, Moreau publicó su obra; ni él ni sus sucesores

del espíritu científico que debe presidir honrada é imparcialmente á toda investigación determinista. Á este respecto, me complazco en afirmar que la información del doctor Ramos Mejia es de mejor ley que la de sus «maestros» y mucho más sólida su argumentación. Ha confiado, por desgracia, en la seriedad de sus antecesores, aceptando sin la necesaria verificación hechos y datos abiertamente desmentidos por la historia.

¿Qué mucho que nuestros sabios tropiecen á cada paso en un terreno desconocido, cuando en el propio revelan la falta de crítica más absoluta y, con frecuencia, el desconocimiento ó el olvido de los resultados científicos relativos á su profesión? ¿Es admisible atribuir, como lo hace Moreau, la prostitución moderna, hecho social, al arrebató de la pasión erótica? Puede tolerarse en un alienista la asimilación de los *tics* nerviosos que son hechos tangibles, á la famosa *aura epiléptica* que los buenos observadores no han observado jamás? Y así, podría multiplicar los rasgos aventurados ó manifiestamente erróneos. Algunos son de tal gravedad que dan en el suelo con su teoría. Asien-

han tenido en cuenta la rectificación que hasta en los diccionarios figura! De estas *pruebas* históricas, en la proporción de 80 por ciento, se forman las obras clásicas de la escuela.

ta, por ejemplo, esta enormidad, como base de su tesis: la identidad originaria de la locura y del idiotismo; y no vacila en confundir el idiotismo, la ausencia radical de pensamiento, la tabla rasa intelectual con la «sobrexcitación mental», el estado de «eretismo y orgasmo del sistema nervioso!» Por fin, inicia ya ese sistema de confusiones y equivocos, desarrollado por Lombroso, y según el cual son grandes hombres y comprendidos en el grupo genial, los vulgares ó criminales autores de un dibujo caricatural ó de algunos versos insulsos é incorrectos. Á este respecto, hay que decirlo, Lombroso deja muy atrás á sus antecesores, pudiendo añadir á sus conjeturas audaces el formidable arsenal de la antropología (*).

Para concluir con esta ingrata discusión, agregaré que la impropiedad del estilo en esas obras deformes se aviene armónicamente con la cojera

(*) La craneología, fuera de su aplicación á las razas, es un tejido de contradicciones y de arbitrariedades. El noble Broca ha sido traicionado por sus émulos y sucesores. Él mismo ha demostrado lo infundado de esas inducciones para el encéfalo individual: el cerebro no está *adecuado* á la caja craneana; el cerebelo, bulbo, cuerpo calloso, etc., no intervienen en la intelectualidad; la materia intelectual no comprende el peso de las circunvoluciones sino el de la sola corteza gris exterior; por fin, si se admiten las localizaciones, se debería comparar únicamente los regiones homólogas de dos cerebros, etc., etc.— Estamos todavía en plena torre de Babel.

incurable del raciocinio y lo ficticio de la erudición. No se contentan con ostentar la temeridad más intrépida en el dogmatismo, junto á la credulidad más ingenua respecto de cualquiera conseja puesta en letra de molde : sino que suelen tratar de ignorantes á los mismos de quienes extraen servilmente la información, á trueque de desfigurar sus ideas en sentido de las propias teorías (1). Al comprobar el fondo de ligereza y hasta de improbidad intelectual en que se asientan esas tesis pretenciosas, se comprende la tristeza y el desaliento de un Claudio Bernard, empeñado en la ímproba tarea de sustituir esos procedimientos empiricos ó charlatanescos por la duda filosófica, la observación cien veces comprobada, la marcha segura y prudente del determinismo experimental. Con razón, citaba el dicho de Laplace: « Pon-

(1) Un ejemplo entre ciento. En la página 220 de la *Psychologie*, Moreau ensalza al utopista Fourier, reprochando á sus críticos el desconocimiento de las obras originales; se personaliza con Ch. Reybaud y le increpa duramente: « Debiera Vd. leer la teoría de los cuatro movimientos, páginas 61, 77 130, etc., etc. » y sigue mandando á la escuela al sabio autor de los *Reformadores*. Ahora bien, los únicos pasajes indicados por Moreau son los únicos citados por Reybaud (I, *Apéndice*), con la misma paginación y los subtítulos que no existen en Fourier y que han sido puestos por el solo Reybaud para mayor claridad. Todo ello ha sido copiado por el acusador, que no ha leído el original !

gamos algunos médicos en la Academia de ciencias, para que puedan ver de cerca á verdaderos sabios !»

V

El mismo lector que aceptara como fundadas nuestras objeciones, á pesar de faltar la documentación que reemplazaría la propia autoridad, podría oponernos á su vez esta reserva fundamental: « Admitimos la fragilidad de los hechos aducidos en sostén de la degeneración hereditaria, y damos por comprobada la inexactitud de los ejemplos históricos: pero todo ello carece de valor contra la realidad de la misma tesis; ésta puede ser cierta aunque sean falsas las razones alegadas para su demostración; las erróneas explicaciones que la antigüedad y la edad media dieron del histerismo y de la alucinación no destruyen la autenticidad de esas enfermedades». Si bien el deber de sustentar la tesis, el *onus probandi* toca á sus propagadores más que al impugnador, voy á mostrar brevemente que la teoría discutida contraviene á los resultados tenidos por sólidos en el estado actual de la ciencia, siendo, por tanto, in-

cierta, con independencia de toda documentación.

Reducida á sus términos esenciales, la degeneración hereditaria consiste en la evolución mórbida y acumulativa de un estado neuropático ó neurasténico especial que se agrava al transmitirse á los descendientes y, después de pasar por algunas formas graves de delirio crónico ó vesanias intermitentes, se extingue en la cuarta ó quinta generación por la demencia precoz, el idiotismo ó la esterilidad (1). Las víctimas de esta fatal evolución constituyen el grupo innumerable de los hereditarios, degenerados, anormales, cerebrales, desequilibrados, etc. Los alienistas que, como Magnan y Déjerine, extreman la teoría, sostienen que la degeneración hereditaria es una entidad mórbida especial y que su proceso acumulativo es regular y fatal. Muchos autores disienten de este rigorismo, apoyados en la realidad de los hechos; pero no tenemos que volver sobre esta forma de discusión, bastándonos demostrar que la indicada evolución es improbable hasta rayar en la imposibilidad.

Tomando á un «degenerado» en cualquier grado de la serie, por ejemplo en el primero, para que la

(1) El esquema de Magnan, aunque más preciso, no difiere esencialmente del de Morel.

observación sea plenamente eficaz, veamos á qué leyes biológicas queda sometida su evolución. Este «neurópata» presenta todas las apariencias de la salud física y moral; su inteligencia es íntegra, con alguna «tara» tan poco visible que no obsta á que nuestro «caso» desempeñe su papel social y contraiga matrimonio. Esta unión se efectúa con una mujer que presenta ó no antecedentes hereditarios. En el segundo evento, que es el más probable, los hijos se reparten desigualmente la herencia bilateral, pero en todo caso, tiene que haber *atenuación* de la transmisión mórbida; no solamente por la madre que interviene en el proceso, sino por las otras fuerzas específicas y atávicas, todas ellas contrarias á la influencia paterna. Es lo que los hechos confirman, así en la zootecnia y la agronomía como en la historia *contemporánea*, la única que podamos observar científicamente.

En el caso muy improbable de unirse dos degenerados (1), la transmisión mórbida no sería fatal, puesto que las energías atávicas y específicas luchan por el predominio; ni es tampoco exacto que

(1) La misma afinidad sexual que atrae á los contrarios en beneficio de la especie es otro factor favorable á la normalización. Véase el admirable capítulo de Schopenhauer (*Le monde comme volonté*, II, página 803 y siguientes) sobre la *metafísica del amor*.

los gérmenes mórbidos se sumen, lo que equivaldría á decir que, apuntando á dos números en la ruleta se puede ganar dos veces el pleno : pero si debe entonces admitirse la herencia como probable, si la unión es fecunda. Ahora bien ¿ será fecunda ? Contestamos : si la misteriosa tacha degenerativa es esencial, la unión será estéril. Toda la biología proclama la excesiva susceptibilidad de las funciones de la generación : son las primeras heridas en cualquiera circunstancia, y la esterilidad de los híbridos no es sino la aplicación más frecuente de esa ley. Antes que procrear imbéciles ó idiotas, los degenerados cumplen la ley de no procrear. No os atengais á estadísticas inaccesibles ; mirad á vuestro derredor : los idiotas son congénitos y no hereditarios ; su desgracia es efecto de las circunstancias, del medio, de un accidente de generación ó de nutrición. La herencia no interviene sino en sus términos latos, para crear á las veces una susceptibilidad morbosa á semejanza de la paterna, según el precepto hipocrático ⁽¹⁾, siempre que la de-

(1) *A sanis sana, a morboris morboris.* Linneo ha formulado un axioma parecido. — Otra de las conjeturas fantásticas de Moreau, formulada con su dogmatismo habitual es la que atribuye *siempre* (página 141) la semejanza física á uno de los autores y la semejanza moral al otro ! Bien parada queda así la fisiognomía — y aún la teoría de los estigmas físicos !

ficiencia del ascendiente no se traduzca en impotencia generativa.

Tal me aparece el dilema científico: atenuación de la anormalidad y regresión al tipo específico—ó esterilidad. La evolución degenerativa, prolongándose á través de cuatro ó cinco generaciones, es una quimera y una flagrante contradicción de las leyes biológicas, que se comprueban no en los manicomios y los consultorios, sino en los grandes establecimientos de cría científica y las escuelas de agronomía (1).

No se trata de negar en absoluto la realidad de la herencia mórbida en su proporción positiva, sino de reducirla á sus límites científicos. Para ello, basta asentar que la herencia patológica no es ni puede ser un factor orgánico distinto de la herencia fisiológica. Heredamos los defectos como las cualidades, en virtud de la misma ley; pero hay un absurdo evidente en el hecho de atribuir al ascendiente morbo un poder de transmisión superior y predominante, que la ciencia y la experiencia diaria desmienten igualmente.

En cuanto á la llamada herencia de metamorfosis, que ya hemos discutido en su exageración;

(1) A. SANSON, *L'hérédité*.

claro está que, al negar la *entidad mórbida* de la degeneración, negamos implícitamente la de aquella. La transmisión dependerá de su naturaleza propia; en ciertos casos podrá ser íntegra en su forma, si bien no en su energía: así en algunas diátesis; en otros, la transmisión podrá girar en el círculo de una clase nosológica: pero no van hasta allí nuestros medios actuales de investigación y pisamos el umbral de la conjetura...

Anotaré, en conclusión, una extraña inconsecuencia: los alienistas filósofos que procuran comprobar con la historia sus teorías y alumbrar á ésta con sus doctrinas psicopáticas, se han abstenido de explorar la historia contemporánea. En lugar de remontarse á épocas lejanas y hundirse « en la noche de los tiempos », ¿por qué no nos dan monografías psiquiátricas de las dinastías actuales? ¿por qué no abandonan el río revuelto del pasado y no se lanzan en las corrientes actuales, para que podamos desde la ribera seguir los resultados de su indagación? — La reina Victoria, por ejemplo, es nieta de Jorge III que vivió loco y murió demente; hija del duque de Kent, — carácter templado, buen soldado, atlético, el tipo de la normalidad; madre de nueve hijos, generalmente robustos y sanos, y abuela de una muchedumbre

en que no aparecen los « estigmas » degenerativos. Desearía que el doctor Ramos Mejía aplicara á esa dinastía el cuadro de Morel ó Magnan. También podrían ser interesantes los estudios referentes á la casa de Hohenzollern, descendiente del « loco » Guillermo I; la de Saboya que, malgrado la inserción del « degenerado » Carlos Manuel en el siglo pasado, ostenta una serie de guerreros valientes y sanos, desde el famoso Manuel Filiberto hasta los principes actuales; por fin, esa bella familia *regenerada* de Orleans, que arranca del degenerado Luis XIII!

Nada hallamos, pues, aun entre las familias soberanas, cuyas condiciones de vida y enlace no consultan por cierto los intereses de la especie, que se parezca á esa progresión acumulativa y fatal del germen mórbido, — la cual sería contraria al principio biológico de la herencia y á la acción concurrente de las energías atávicas. La progresión geométrica es decreciente; la fuerza accidental que tendiera á bastardear la raza no desciende, sino que trepa á repecho el plano inclinado de la fatalidad orgánica, más y más contenida su marcha por otras fuerzas contrarias, hasta parar y volver á caer. El *vires acquirit eundo* no es aplicable á la degeneración, como lo afirman los alienistas,

sino al mismo degenerado, mostrándonos que es apto para reaccionar en su descendencia contra el accidente que le desviara del camino real hereditario ó sea del tipo específico y normal.

VI

Con alguna razón aparente, podría el doctor Ramos Mejía quejarse de que mi análisis crítico haya ahondado en la doctrina frenopática moderna, más que en la obra misma de que es autor. Confío, empero, en su recto sentido científico para justificar mi procedimiento. La teoría de la degeneración hereditaria es el eje de toda la literatura médica á cuyo género pertenece la *Locura en la historia*. Siendo así, como no lo dudo, que el autor no ha perseguido la brillante y nociva entronización de una paradoja, y, muy al contrario, ha creído y probablemente seguirá creyendo que defendía una verdad, con el contingente de su talento y saber : era sin duda deber mío atacar el punto más fortificado y peligroso según mi opuesta convicción.

Si, como pretendo haberlo demostrado, la degeneración hereditaria con su especial evolución no

es sino una hipótesis destituida de fundamento, mal puede el grupo histórico de los degenerados ocupar el escenario de la historia, como Ramos Mejía y su escuela lo aseguran. Careciendo de realidad el lúgubre fantasma que pretendía descorrer los arcanos dinásticos para los Hamletos de la psiquiatría, no quedaria de tanta tesis aventurada más que la memoria del talento malgastado en su defensa. Lo hemos dicho ya y está patente: los llamados « locos de la historia » son otros tantos *pasionales*, ó sea pobladores errantes de esa vaga región frontera de la enajenación, aún más difícil de definir que de explorar, como que no tiene existencia determinada.

Tenemos que abandonar entonces ese concepto arbitrario y sustituirle por una noción más sólida, á par que más filosófica, la cual podría condensarse en el título mismo de la célebre obra de Cabanis: *Relaciones de lo físico y de lo moral en el hombre*.

Para los alcances sociológicos de la locura, basta considerarla en sus términos amplios como una enfermedad mental. La enajenación es un estado morbo del cerebro, como la nefritis un estado morbo del riñón. Ahora bien, los dos términos extremos y correlativos: enfermedad, salud,— son

igualmente indefinibles con rasgos positivos. La definición más lógica de la salud sería: la ausencia de las 1200 enfermedades enunciadas en las nomenclaturas nosológicas. Pero ¿qué es la enfermedad? La frase analógica «perturbación ó desorden de una función orgánica» no define, ó sea, no limita nada. Todos somos enfermos: no hay organismo humano que no tenga uno de sus rodajes señalado por una conformación defectuosa ó un principio de funcionamiento anómalo que, salvo accidente ó cambio de circunstancias ambientales, — acarreará la muerte tardía ó precoz. El día lejano en que esté científicamente constituida la semiología, será posible prever desde la juventud los achaques individuales de la vejez y su término probable. Entre tanto: nerviosos, linfáticos, dispepticos, cardiacos, reumáticos confirmados ó incipientes, — vivimos, trabajamos, procreamos, envejecemos; cayendo y levantando damos la carrera casi completa, como la dieron nuestros padres y nuestros hijos la darán, á pesar de tener señalado el punto flaco que, á no intervenir factores imprevistos, hará parar la máquina.

¿Qué mucho, así las cosas, que la inquisición y el examen un tanto sistemático diagnostiquen estados patológicos en las dinastías, mayormente

si de tiempos antiguos se trata, tan caracterizados por los excesos diarios como por la falta de precisión en el diagnóstico retrospectivo? Enfermos más ó menos graves, lo fueron y lo somos todos, desde que bajamos la pendiente de la vida, y aún antes si el examen fuere prolijo. Y lo que decimos del organismo general, es evidentemente cierto del centro donde todas las funciones, todos los actos de la vida repercuten. Las llamadas « fronteras de la locura » no existen: puede haber pródromos más ó menos ciertos de la futura enajenación; pero, para la infinita mayoría, el despoblado de la locura parcial es campo vago que todos invadimos sin sospecharlo, en horas de inconsciencia ó arrebató pasional. Claro está, entonces, que los depositarios del poder supremo, cuyos actos tienen trascendencia exterior y solemne, han incurrido necesariamente en resoluciones ilógicas y anómalas. Pero el caso es general para todos los tiempos y condiciones; y la inexactitud empieza con particularizar lo que es universal, inventando un grupo de predestinados para explicar un rasgo común á la humanidad.

Aunque desconfío de las imágenes en materia científica, creo que la siguiente es suficientemente exacta y significativa. Debemos figurarnos el ce-

rebros *localizados* como un piano moderno, con su teclado exterior que corresponde al sistema nervioso interno ó sea á las cuerdas sonoras. El piano teóricamente afinado es el cerebro normal; pero, faltando el afinador asiduo, no hay en la práctica piano de afinación perfecta: una ó varias notas del teclado están siempre discordantes, y, en muchos casos, hay una tecla muda cuyo mecanismo está paralizado. Ello no impide ejecutar música: atenido al uso diario, el piano más ó menos incompleto desempeña sus funciones normales. Para la mayor parte de las piezas, las notas deficientes ó ausentes pasan ignoradas (sobre todo si son extremas) en el tumulto armónico que el vulgo percibe. En ciertos casos especiales, sin embargo, para tal ó cual trozo musical escrito en un tono particular, el instrumento revela su desperfecto ó su herida. Tal es la situación general. Y ello, por supuesto, no importa negar todos los grados de descompostura parcial hasta los más graves: hay pianos, decididamente, que no combinan dos sonidos armónicos y hasta que carecen de voz en absoluto por falta de cuerdas ó martillos: son idiotas.

VII

Bajo el supuesto — que es necesariamente el mío — de haber demostrado lo inconsistente de la tesis psiquiátrica ¿habría de deducirse la inutilidad ó el escaso valor de libros como la *Locura en la historia*? De ninguna manera; y es prueba de ello el mero hecho de estar yo escribiendo esta introducción. He combatido con franqueza, y probablemente con más coraje que eficacia, una doctrina que no reputo científica; pero la obra misma de Ramos Mejía queda interesante por muchos de sus aspectos eruditos y literarios. Las observaciones de detalle y muchas inducciones psico-patológicas subsisten, si bien algunas veces extraviadas por un erróneo concepto histórico ó la aceptación de autoridades sospechosas (1). En los capítulos

(1) Por ejemplo, la generalidad del suicidio en España durante los siglos XVI y XVII es un dato transmitido por la *Inquisición sin máscara*. Es manifiestamente inexacto. Recuerdo haberlo notado en un artículo sobre el *Hernani*, á propósito de los suicidios finales, como uno de los mil errores de V. Hugo, acerca del carácter español. Encuentro la misma observación, á propósito de un tema análogo (*La ciudad de Padilla*, de Martínez de la Rosa) en los *Estudios críticos* de Menéndez Pelayo: « ¿Quién pensaba en suicidarse entonces? De

consagrados á las persecuciones religiosas en los primeros siglos, en la monografía del inquisidor español, las vistas finas ó profundas se suceden en cada página. El capítulo de entrada, que tiene más de cien páginas, es como un libro en el libro, y presenta un cuadro abreviado de la frenopatía en la historia, exuberante de información y colorido. Sobre todo, ¿quién podría olvidar la belleza literaria de tantos fragmentos como se destacan del fondo discutible de la doctrina: la pintura de la Grecia adolescente y grácil, la leyenda sombría del Judío errante, el cuadro de la cruzadas y ese retrato aterrador de Torquemada, que trae á la mente al *Monge arrodillado* de Zurbaran, espectro del implacable fanatismo que ofrece á Dios, á guisa de flores é incienso, la calavera de alguna víctima?

« La teoría es gris, pero verde es el árbol de la vida ». Así se expresa la sabiduría por boca de Mefistófeles. La vida, en la obra de Ramos Mejía, está en los detalles y en el estilo, en las cien pági-

tantas víctimas como fueron castigadas por la Inquisición, ¿cuántas intentaron evadirse del patíbulo, con veneno ó con hierro? » Hay en el dato de Nathaniel Jombob, exageración evidente. Una observación más general sería la que se refiriera á la relatividad del juicio histórico; v. g.: cuando se aprecia la alucinación en el pasado: todo el mundo creía en tónces en apariciones, ¿cómo atribuir al delirio, las « voces » de Juana de Arco ó las visiones de los místicos?

nas vibrantes que forman el follaje del libro y revelan al talento personal del autor emergiendo del fondo inerte de las doctrinas sepultas, y abriéndose paso por entre los sofismas que mañana repudiará.

¿Acaso la ambiciosa *Filosofía de la historia* no es toda ella una hipótesis arbitraria y prematura, cuyas conclusiones no resisten á la prueba disolvente de la crítica? Nadie, empero, quisiera borrar de la lista de las grandes producciones humanas las vastas síntesis de Herder y Hegel, los atrevidos bosquejos de Buckle y Quinet. Lo propio habremos de decir de la *Patología histórica*. Aunque resultaren fallidas todas las generalizaciones que se han inducido sin base suficiente, libros como la *Locura en la historia* son testimonios elocuentes de valer intelectual y estu- diosa energía, que honran á su autor y á la naciente literatura científica de la América del Sud.

P. GROUSSAC.

Buenos Aires, 5 de Marzo de 1895.

